

## CAPÍTULO 4: LA IGLESIA QUE ENFERMA A DIOS

¿Sabían ustedes, que aquí en la tierra hay una iglesia que enferma tanto a Dios, que él quisiera vomitarla? Pueden leer acerca de ella en el último libro de la Biblia, y probablemente es la iglesia a la cual pertenecemos la mayoría de nosotros.

Apocalipsis 3:14 empieza diciendo: "Escribe al ángel de la iglesia de Laodicea". Bueno, vamos a referirnos a una iglesia que se conoce por su tibieza. ¿Será ésta una iglesia orgánica (organizada) o mística (figurada)? Estas son las dos iglesias de las que hablamos a menudo. Decimos que la iglesia mística está formada por fieles seguidores de Cristo en todas partes, no importa a cuál denominación pertenezcan. Si los verdaderos seguidores de Cristo forman la iglesia mística, entonces, ¿podría ésta ser tibia? No. De manera que esto debe referirse a la iglesia orgánica, ¿no es cierto? La iglesia organizada. ¿Tiene Dios una iglesia organizada aquí en la tierra? Sí. Esta es una premisa que debemos tener en mente al considerar este capítulo.

"Así dice el Amén, el Testigo Fiel y Verdadero, el origen de la creación de Dios". (Apocalipsis 3:14). ¿Quién es este misterioso personaje? Jesús. De hecho, Él es realmente el autor del libro de Apocalipsis. "La revelación de Jesucristo" (Apocalipsis 1:1). Este es su libro. No lo es Mateo, ni Marcos, ni Lucas, ni Juan. Apocalipsis es el libro de la Biblia, cuya autoría podemos trazar hasta el mismo Cristo.

Y entonces sigue algo con lo cual no estamos tan familiarizados: un Salvador que reprende y que lo hace en tono fuerte.

En algunas ocasiones se manifiesta enérgicamente. Una vez cuando estuvo aquí en la tierra hizo algo semejante. Él dice: "Conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente!" (Apocalipsis 3:15). Así llegamos a otro detalle interesante. Dios prefiere la frialdad a la tibieza. ¿No es así? Él lo dice. ¿Cómo puede ser posible eso? ¿Tiene usted alguna idea? ¿Estuvo frío alguna vez? Entonces sabe lo que es buscar la tibieza.

Por lo menos conoce su condición; pero el que siempre ha estado tibio, no tiene esa preocupación.

"Porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy por vomitarte de mi boca". (Apocalipsis 3:16). ¡Las personas tibias causan náuseas a Dios! En realidad, eso es lo que quiere decir. "Me repugnas". "Tú dices: 'Yo soy rico, estoy enriquecido, y nada necesito'. Y no conoces que eres un cuitado y miserable, pobre, ciego y desnudo". (Apocalipsis 3:17). Aquí en Estados Unidos decimos que tenemos un gobierno democrático, porque la mayoría de la gente cree en la democracia. Si creyeran en otra cosa, serían llamados de otro modo. Por lo tanto, la mayoría de la gente de Laodicea son tibios, lo que significa que en torno suyo habrá un cúmulo de ellos, ¿No es así? Si hubiera cuatro millones de miembros en Laodicea, más de dos millones serían tibios. Si ello es cierto, entonces usted podría esperar ver personas tibias por todas partes. Esperaría verlos en la iglesia, en las escuelas sabáticas, en las instituciones y hasta entre los dirigentes de la iglesia de Laodicea. Esperaría ver a muchos predicadores laodicenses. La tibieza permearía todo el sistema.

Muy bien. ¿Qué es tibieza? Esta sería la siguiente pregunta obligada, que deberíamos contestar. La tibieza es una combinación de lo frío y lo caliente. Cuando uno quiere que la llave de la cocina deje pasar agua tibia, hay que abrir simultáneamente la llave fría de la derecha, y la caliente de la izquierda, y equilibrar la temperatura. Por lo general así es. Esto no nos dice mucho, porque sería ridículo pensar que los miembros de iglesia fueran fríos en su lado derecho, y calientes en el izquierdo.

Dejemos que la Biblia se interprete a sí misma. Ella dice lo que vuelve tibia a una persona. En

Mateo 23, Jesús emplaza a los religiosos de sus días. Les dice: "Ustedes son una tira de hipócritas. Ustedes, escribas y fariseos, son como sepulcros blanqueados. Son como serpientes y generación de víboras. Así los llama Él: "serpientes". Con voz trémula, los llama serpientes. Y reprender es un tanto difícil. Yo lo he intentado, pero no me va bien. Pero cuando Jesús reprendía, había tristeza y temblor en su voz.

El común denominador del capítulo 23 de Mateo es la analogía de un sepulcro blanqueado. La gente que vivía en tiempos de Jesús estaba muy relacionada con esta figura. Una vez al año iban a las tumbas y los cementerios, llevando una cubeta llena de un líquido blanqueador, para esparcirlo sobre las tumbas de los profetas a quienes sus padres habían dado muerte. Era una versión muy folclórica del Día de los Muertos.

Después de rociar el blanqueador, depositaban flores y decían: "¿No es terrible lo que nuestros antecesores hicieron a estos profetas?" Lloraban, esparcían más blanqueador sobre las tumbas y volvían a lamentarse: "¿No es horrible lo que nuestros antepasados hicieron a estos maravillosos profetas?" Y volvían a llorar y depositaban más flores, hasta que finalmente el cubo de blanqueador se les acababa. Y las tumbas lucían bastante bien el resto del año.

En otra ocasión, después de una ceremonia semejante, regresaron a Jerusalén y planearon la crucifixión. ¿Acaso no fue así? Eran fieles en la devolución de los diezmos, la observancia del sábado, y la práctica de la reforma pro- salud. Eran incapaces de comerse un mosquito que cayera en su sopa, y muy celosos en la observancia del culto familiar. ¡Por cierto, estuvieron muy ansiosos de terminar la crucifixión a tiempo para recibir el sábado!

Pero Jesús les dijo que eran como aquellos sepulcros que blanqueaban cada año. Tenían buena apariencia por fuera, pero interiormente estaban llenos de huesos de muertos. Esto suena sumamente duro; podridos por dentro, pero acicalados por fuera.

Vamos a sustituir los términos con las palabras de Apocalipsis 3. Eran calientes por fuera y fríos por dentro. Entonces, ¿cómo se logra combinar lo caliente y lo frío? Como lo ilustra la Biblia. El tibio está frío por dentro; pero en vista de que sigue la mecánica correcta, parece caliente por fuera. El tibio hace las cosas correctas por motivos equivocados. La persona laodicense, es decir, la persona tibia a la que Jesús reprende, la que le repugna, es religiosa, pero no espiritual. Es aquella que responde a la mecánica, paso a paso, entre su casa y la puerta de la iglesia, pero no conoce al Señor. El tibio conoce las reglas, pero no conoce al Salvador. No se le puede llamar antirreligioso o carente de religión. De hecho, puede ser muy religioso. Puede ser muy celoso defendiendo las normas. Pero carece del Espíritu de Cristo, que es lo que realmente vale. Así dijo Jesús que sería la última iglesia hasta poco antes de su venida. Y esta revelación se hizo hace siglos. ¿No es interesante? Dios no ha sido ni será sorprendido por la condición actual de la iglesia organizada, precisamente antes que Jesús venga. Él ya lo sabía todo.

Desafortunadamente, es aquí donde algunos de los antiguos miembros de la iglesia se inquietan. Ellos dicen: "Miren, necesitamos preocuparnos por la gente de la iglesia y por todos sus pecados, con el propósito de aclararles dos cosas. Debemos decirles cuán desgraciados, miserables, pobres, ciegos y desnudos son, cuando los reprendamos por sus pecados. Que nos oigan. Prediquémosles el testimonio directo. Prediquemos sobre las normas, sobre el problema de la carne. Que nos oigan. Clamemos entre la entrada y el altar, y no escatimemos esfuerzos. Entonces haremos descender sobre nosotros la lluvia tardía y el fuerte pregón y terminaremos la obra de Dios. Tenemos que sacudirlos de su letargo laodicense". Y durante años, hemos soportado a lo que se ocupan en reprender a Laodicea.

Cierta vez, una iglesia del noroeste de los Estados Unidos, organizó una campaña de reforma. Todo el mundo tenía que volverse vegetariano. El "reavivamiento" continuó exitosamente hasta que un día alguien vio un salmón en el congelador del anciano de la iglesia local, y hasta allí llegó el entusiasmo por la reforma. Pienso que lo puso allí cuando nadie lo observaba. Recuerdo que

en el este del país, alguien estuvo dispuesto a comenzar una reforma con el fin de calentar a Laodicea, induciendo a la gente a vestirse correctamente; a que eliminara el uso de prendedores y cualquier otra prenda dudosa. De ello se encargaría el reavivamiento. Pero lejos de eso, lo que fomentó esta "iniciativa" fueron los juicios apresurados y mezquinos, y la proliferación de espías entre nuestro pueblo.

Durante mi primer año en el ministerio, hubo por allí un predicador devoto, que hacía llamamientos sobre la base de que la gente quitara los alfileres de sus corbatas y relojes pulseras. En mi afán por hacer lo correcto, dejé de usar mi prendedor de corbata. Luego me cansé de retirar la corbata de la sopa. De manera que un día conseguí un ganchito para sujetar el cabello, y con él sujeté mi corbata. Por cierto, que realizaba muy bien su función. Pero la gente empezó a notar el ganchito de cabello y a preguntarme:

- ¿Qué es eso que lleva puesto?

-Un ganchito de cabello.

- ¿Por qué lo pone?

-Porque no creo en eso de usar alfileres de corbata. Estoy manteniendo en alto las normas. Estoy contribuyendo al reavivamiento.

Y entonces descubrí que la "última declaración de este hombre fue peor que la primera". ¡Había llegado a enorgullecerme de mi ganchito de cabello!

Por favor, no me interpreten mal. En ese entonces, cuando yo estaba creciendo, no hubiera sabido qué hacer con un pedazo de carne si alguien me lo hubiera dado. Me crié en un ambiente muy conservador, y respetaba mucho a mis piadosos padres. No piensen que estoy haciendo campaña para rebajar a nadie. Pero temo que el reavivamiento y la reforma, y sacar a Laodicea de su estado de tibieza, no se logran de esta manera. Nunca. Hacerlo sencillamente es empeorar las cosas en Laodicea. Demasiado a menudo los que "gritan alto y no escatiman nada", apelan solamente a las cosas externas. Pero la obra debe empezar siempre en el corazón, del interior al exterior. Por eso Jesús estaba en lo correcto, cuando dijo en los siguientes versículos "te aconsejo...". Allí, en el versículo 18, está registrado el consejo de Jesús: "Te aconsejo que compres de mí: oro afinado en fuego, para que seas rico; vestidos blancos, para cubrir la vergüenza de tu desnudez; y colirio para ungir tus ojos y puedas ver".

El oro es la fe y el amor. Eso es lo que necesitan los laodicenses. ¿Y qué es el vestido blanco? La Justicia de Cristo. ¿Y el colirio? El Espíritu Santo, que trae discernimiento y comprensión concernientes a nuestra necesidad. Por lo tanto, si parafraseáramos el consejo de Dios a Laodicea, éste diría más o menos así: "Necesitas la justicia de Cristo, mediante la fe y el amor, producidos en tu corazón por el Espíritu Santo". Esto es lo que los tibios necesitan. Y éste es el consejo a Laodicea. En primer lugar, nos dice lo que anda mal en nosotros, luego añade: "he aquí el consejo". ¿No es maravilloso que Dios nos ame tanto, que nunca nos persigue ni nos reprende, sin darnos también la solución? Él no nos hiere sin ponernos aceite y vino en la herida. Él no nos corta ni daña, sin tener algo con qué curarnos y restaurarnos. Y nunca permite que caigamos sin alcanzarnos y elevarnos. Por eso él nos aconseja.

Hay algo más que nos fascina, particularmente hoy. Todos sabemos que cuando Cristo venga, no existirán personas tibias. Antes de la venida de Cristo, habrá tres clases de personas: calientes, frías y tibias. Pero cuando él venga, habrá solamente calientes y fríos. También se usan otros nombres, como malos y buenos, trigo y cizaña, sabios y necios, y así sucesivamente. ¿Qué sucede con el tercer grupo, antes que Cristo venga?

¿Qué les pasará a los tibios? ¿Dónde estarán? Se habrán vuelto calientes o fríos. No permanecerán en la condición de tibieza.

La siguiente pregunta práctica, sería ¿qué los condujo a una u otra condición? Esto nos intriga más todavía. Quisiera proponer que llegará un tiempo en la historia de este mundo, cuando Jesús no esperará más, a pesar de lo que digan algunas personas. Muchas veces decimos que Jesús nos está dando la oportunidad de apresurar su venida. ¿Han oído esto alguna vez? Pero cuando usted usa la frase “apresurar su venida” ¿qué está sugiriendo? ¿Cómo la entendemos?

Supongamos que termino de predicar a las 12:15, aunque todo el mundo sabe que debemos terminar a las 12:00 y no a las 12:15. En ese caso, yo tenía el privilegio de “apresurar” el cierre del sermón, es decir, clausurarlo antes de las 12:15. De otro modo, no usaría la palabra apresurar para referirme a la hora en que termino de predicar. No cabría la palabra apresurar, a menos que hubiera un momento después del cual dejaría de predicar.

Creo que por años el pueblo de Dios ha tenido el privilegio de apresurar su venida. Podríamos estar tan involucrados en la creencia, de que su venida tendrá lugar antes del momento ya fijado, que olvidemos que hay un punto más allá del cual Jesús ya no esperará más. Sin embargo, no creo que esto se base en un marcador de tiempo. Creo que se basa en condiciones. Preferimos no tratar el asunto de la fecha, pero entendemos las circunstancias. Cuando las condiciones de la historia del mundo hayan llegado a ese punto final, entonces Dios, por medio de su Espíritu Santo, los ángeles, y el mensaje de la justicia de Cristo que nada podrá detener, harán que la gente se divida en dos bandos. Entonces tendrá lugar una gran polarización, y todos los tibios desaparecerán.

Antes de continuar, me gustaría decir que yo también me encuentro entre los que están casi enfermos y cansados de esta mentalidad que ha estado vigente desde que se inventó la pólvora, de que Cristo viene mañana mismo.

¿Saben a lo que me refiero? La bolsa de valores perdió unos puntos, y, “¡ahora sí! ¡Ahora sí! Cristo vendrá mañana mismo”. El papa visitará los Estados Unidos: “¡Ahora sí!

¡Ahora sí!”. Todo cuanto sucede: “¡Ahora sí! Cristo vendrá mañana”. Algunos estamos cansados de este síndrome, frente a evidencias poderosas e incontrovertibles dentro de la iglesia, entre el pueblo, de que la venida de Jesús está a las puertas, entonces, a pesar de nuestra indiferencia debida al síndrome de “ahí viene el lobo”, empezaremos a decir, y a creer, que Jesús viene pronto.

Es poco probable que clamemos, “ahí viene el lobo”, cuando el lobo desaparezca. ¿Por qué? Porque el mensaje de Cristo y su justicia están manifestándose y nada los detendrá. Nada. Aunque el enemigo trate de detenerlos. Pero ahí están. Esta justicia está manifestándose en su doble aspecto: justicia por nosotros, y su justicia en nosotros. Ambas van a seguir manifestándose, y ambas con su propio balance y énfasis, harán que la gente vaya en una u otra dirección.

Esto está sucediendo rápidamente hoy. Y como resultado, la iglesia genuina, verdadera, es decir el remanente, desarrollará lo que hasta hoy ha sido la doctrina del remanente. Yo creo en la iglesia que tiene la doctrina del remanente, y creo que ese nombre le ha sido adjudicado apropiadamente, si pensamos en la doctrina pura, en la doctrina correcta. Pero también hay una iglesia remanente experimental. Para ser la iglesia remanente verdadera, necesitamos tener tanto la doctrina correcta, como la experiencia correcta. Todos sabemos que podemos ser miembros de la iglesia que tiene la doctrina del remanente, y no ser del remanente. ¿No es cierto? Así que la verdadera iglesia remanente, está formada por aquellos que creen en la doctrina del remanente, pero que también tienen la experiencia del remanente; de los que son vehementes, los que cada día se apasionan más con el amor de Dios, y sienten una creciente emoción por el Reino de los Cielos.

Otra cosa muy importante, es que poco antes de la venida de Cristo, muchos, muchísimos descarriados, regresarán a la iglesia, y muchos buenos y antiguos miembros de iglesia, la abandonarán. Eso será doloroso. Nos dejará pasmados. Muchos de los antiguos miembros se atreverán a decir: “No me venga con esas boberías”. Ya he tenido algunos que me han dicho:

-Oiga, mequetrefe, no me diga que todos mis años de pagar diezmos y guardar el sábado no me garantizan la entrada en el cielo. No me diga que el conocido versículo no dice 'Bienaventurados los que GUARDAN sus mandamientos, porque TIENEN DERECHO al árbol de la vida'. No me venga con eso”.

A veces, los predicadores me han hecho ciertas advertencias. Hace veinte años, un predicador me dijo: “Muchacho, estás en el camino correcto. Pero sería mejor que no lo prediques demasiado alto, o te vas a buscar problemas. Y si lo hubieras predicado hace veinte años (ahora serían cuarenta), estarías hundido”.

Algunos estuvimos interesados en el mensaje de Jesús y su justicia durante mucho tiempo; y la explicación es porque lo necesitamos. Los “buenos”, son los que nunca pecan, los que nunca fallan ni fracasan, los que no tienen problemas de ninguna clase, los que no sienten necesidad de la justicia de Cristo.

Un día, mi hijo me preguntó: “Papi, ¿Por qué tu persistes en este asunto de la religión? Porque es tu trabajo, ¿verdad?” Estuve pensando en eso algún tiempo, hasta que el Señor me dio la respuesta. La razón por la cual persisto en los negocios de Dios, en este asunto de la fe, la Biblia y la religión, es “el amor que no me deja”. A veces he tratado de desprenderme de él. Varias veces lo he intentado, pero Dios no me lo ha permitido. Hace varios años, hubo un tiempo en que no había nada que deseara más que salir del ministerio; pero Jesús no me dejó, porque él sabía que si lo hacía, me hubiera apartado de todo lo demás. Y me siento muy agradecido de que él no nos deje.

Al llegar al final de este capítulo, Jesús dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a su casa, y cenare con él, y él conmigo”. Eso es lo que él quiere: comunión, compañerismo, relación con usted y conmigo. Así termina la historia. “Yo estoy a la puerta y llamo”. Pero cuando Jesús toque a mi puerta, no quisiera estar por allá lejos, jugando con mi equipo de radioaficionado.

Me gusta ser radioaficionado. Recuerdo cuando estudié para obtener mi licencia. Aprobé el examen. Pero tuve que esperar seis semanas para tenerla en mis manos, y poder hablar con otros radioaficionados alrededor del mundo. Recuerdo que esperé que Jesús no viniera antes de esas seis semanas, porque yo quería disfrutar el placer de ser radioaficionado. Bueno, esto suena ridículo, ¿no es cierto? Pero hoy, cuando él toque a la puerta, no quisiera estar metido en mi pasatiempo favorito. Es bueno tener un pasatiempo, pero nada ni nadie debe desplazar a Jesús.

Cuando él toque a la puerta, tampoco quisiera estar en la cocina, atragantándome ¿Y usted? Cuando Jesús toque a mi puerta no quisiera estar en el garaje, puliendo el automóvil o lo que sea, ni poniéndole llantas estrafalarias. Tampoco quisiera estar en el recibidor mirando la “idiota” televisión. ¿Y usted? Cuando él toque a mi puerta, quisiera escuchar ese toque cada día, y responderle y decirle “aquí estoy”. Cuando se pase lista, quiero estar presente. ¿No es maravilloso saber que Jesús sigue tocando a las puertas, y que todavía podemos responder? Me alegra saber que la puerta de la gracia sigue abierta. Creo que sigue abierta. Pero no creo que permanecerá así por mucho tiempo.

Cada vez que hablo con alguien que acaba de salir de la perdición mundanal, y escucho algo de lo que Jesús ha hecho para sacarlo de allí, digo: “Bueno, ésta es otra señal de que la venida de Jesús está a las puertas”. Y cuando veo a algún antiguo miembro de la iglesia que la abandona (y algunos lo están haciendo ahora), digo: “Lloremos y lamentemos, pero al mismo tiempo

alegrémonos y levantemos nuestras cabezas, porque nuestra redención se acerca”.

El último suceso consistirá en que la gente cambie de lugar. Algunos de los descarriados han vuelto. Quisiera alabar al Señor por ellos. También le agradezco por lo que hace por usted y por mí, y por todos nosotros, al saber que hemos respondido y que Jesús todavía sigue obrando. Gracias a Dios una vez más por su amor, que no nos abandona.